





Charles
Dickens





Charles
Dickens

Jean-Pierre Ohl



Ohl, Jean-Pierre

Charles Dickens. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.
272 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot
ISBN 978-950-02-0860-4

1. Dickens, Charles. Biografía. I. Kot, Silvia, trad. II. Título
CDD 927

Charles Dickens

Título original: *Charles Dickens*

Autor: Jean-Pierre Ohl

© Editions Gallimard 2011

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina y los EE. UU.
Prohibida la venta en España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: julio de 2015

ISBN 978-950-02-0860-4

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en julio de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Índice

Prólogo.....	9
1. Chatham.....	13
2. La fábrica de betún	23
3. Primer amor.....	39
4. El milagro de <i>Pickwick</i>	53
5. El primer victoriano	67
6. Un burro de carga	83
7. <i>Master Humphrey</i> y los “yanquis”	99
8. Fantasmas	119
9. Nuevos viajes	131
10. Esperando a <i>Copperfield</i>	145
11. Protagonista de su propia vida	157
12. Niebla y humo	169
13. El regreso de la amada	181
14. “Demasiado complicado como para ser un <i>gentleman</i> ”	195
15. Un geranio en el ojal	203

16. “El sueño que todos estamos soñando” 219

17. Prórroga 231

18. “Mientras es de día...” 239

19. Drooderías 249

Epílogo 257

Cronología..... 261



Prólogo

En 1841, una multitud heterogénea se reunió en los muelles de la ciudad de Nueva York. Burgueses, obreros, ancianos, adultos y niños se daban codazos y se interpelaban: un único tema de conversación corría de boca en boca. Encaramados sobre los faros, algunos vigías improvisados escrutaban el fondo de la bahía, acechando el arribo de una nave proveniente de Inglaterra. De pronto, aparecieron velas en el horizonte. Durante las maniobras de aproximación, la multitud contuvo el aliento. Luego, en cuanto la embarcación estuvo al alcance de la voz, uno de los vigías se erigió en el intérprete de todos y gritó esta pregunta sibilina: “¿Y? ¿Vive todavía la pequeña Nell?”. A bordo de la nave, un hombre meneó la cabeza y respondió tristemente: “¡No! ¡Murió!”. De inmediato, un lamento unánime resonó en los muelles atestados de gente.

Esa misteriosa “pequeña Nell” no era una princesa ni una celebridad del momento, sino un personaje de ficción. El transatlántico llevaba en su bodega el último fascículo de *La tienda de antigüedades*, una novela por entregas semanales. Y su genial autor –ese hombre capaz de suspender durante varias horas, a cinco mil kilómetros de su propio país, la actividad de una de las ciudades más industriales del mundo– se llamaba Charles Dickens.

Algunos testigos imaginativos pueden haber embellecido la anécdota, pero sin duda esta expresa lo esencial. Ningún otro novelista se había introducido tanto en la vida de millones de lectores, ocupando su espíritu y su alma. “Todo el mundo parecía considerar la vida real como un entreacto entre dos números de *Pickwick*”, llegó a decir Chesterton. Nadie había llevado nunca tan alto el estandarte de la ficción, hasta el punto de competir con la vida misma, de interactuar con ella y reconciliar en un mismo amor por la literatura a todos los públicos, desde el más tosco hasta el más cultivado.

Decir que la popularidad de Dickens era inmensa es un eufemismo. Ya mientras vivía, era muy habitual apodar “*Pickwick*” a un burgués rollizo con gafas. La palabra “*gamp*”, tomada del nombre de uno de sus personajes, era sinónimo de “paraguas”. Todos leían a Dickens: la reina y sus ministros, la gente común, la aristocracia, los mineros de Cornouailles, en suma, toda Inglaterra, pero también los franceses, los norteamericanos, los alemanes, los rusos: Marx, Engels, Tolstoi, Dostoievski, Henry James, George Sand, Eugène Sue. En los *penny gaffs*, cabarets baratos, unos comediantes especializados, los “Dickens Impersonators”, imitaban en escena a los personajes de sus novelas y el público los reconocía en pocos segundos. El fallecimiento del escritor fue vivido como un duelo nacional hasta en Australia.

Si se quisiera encontrar un equivalente francés a su gloria, habría que sumar las glorias de Balzac, por la amplitud y la riqueza de la pintura social de una época, Hugo o Zola, por la estatura moral y la envergadura del hombre público, y por último, Dumas, por el entusiasmo popular. Y aun así, sería difícil comprender el vínculo tan particular que unía al autor con su nación, el tácito plebiscito

en virtud del cual Dickens se convirtió, a pesar de las críticas feroces que le inspiraban muchas costumbres e instituciones de su país, en el portavoz de todo un pueblo.

Todavía hoy es difícil no encontrar en una obra literaria de lengua inglesa por lo menos una alusión a Dickens. Sus novelas están incorporadas al patrimonio cultural, al inconsciente colectivo anglosajón, junto con las leyendas, los cuentos y Shakespeare. A través de los continuadores como John Irving, o de las innumerables adaptaciones cinematográficas, sigue alimentando la imaginación de un vasto público que no siempre ha leído sus libros. Contar su vida es al mismo tiempo penetrar los misterios de un creador incomparable e intentar comprender cómo las fantasmagorías del hijo de un modesto funcionario de provincia pudieron encontrar semejante eco. Es también, y quizá sobre todo, ir al encuentro de una personalidad compleja, multifacética, a veces llena de contradicciones, pero siempre animada por una energía infatigable cuya aura llegó hasta nosotros.



1

Chatham

Charles Dickens nació el 7 de febrero de 1812 cerca de Portsmouth, un puerto del sur de Inglaterra. Era la época de la Regencia, un período durante el cual el príncipe de Gales, el futuro rey Jorge IV, debió reemplazar a su padre, Jorge III, víctima de una enfermedad mental. La revolución industrial estaba en marcha desde hacía varias décadas, pero sus efectos solo eran espectaculares en las cuencas mineras y las zonas de industria textil. El ferrocarril, que desempeñaría un papel importante en la vida y en la obra de Dickens, aún se encontraba en el estadio del prototipo, y la guerra contra Napoleón impedía en parte el desarrollo del Imperio británico. En síntesis: era una época de transición en muchos aspectos. Para entender a Dickens, considerado hoy el escritor victoriano por excelencia, no hay que perder de vista que nació veinticinco años antes de la coronación de la reina Victoria, en una Inglaterra que todavía no había sido transformada del todo por la modernidad y en la que aún predominaba el modo de vida tradicional y campesino. Los viajes, largos, penosos, pero también pintorescos, se efectuaban al ritmo del traqueteo de las diligencias. Las relaciones sociales eran las heredadas del siglo anterior. Dickens creció en un mundo seguramente más parecido al de Smollett y Fielding, los dos grandes novelistas del siglo XVIII británico, que al de Wilde o Conrad, que

eran “victorianos” como él. Durante sus años de aprendizaje, la escenografía cambió ante sus ojos, y esa es quizás una de las claves que explican el alcance de su obra.

Su padre, John Dickens, pequeño empleado de la Tesorería de la Marina, se casó en 1809 con Elizabeth Barrow, hermana de uno de sus colegas e hija de un alto funcionario municipal. Charles fue su segundo hijo; su hermana mayor, Fanny, tenía dos años cuando él nació. Mucho más tarde, ya famoso, se adjudicó a sí mismo el escudo de armas de los Dickens de Staffordshire, un linaje muy prestigioso, basándose más en rumores familiares que en investigaciones genealógicas serias. Sin duda quiso, como muchos *self made men* antes que él, inventarse un pasado a la medida de su presente.

La realidad era mucho menos gloriosa: sus abuelos paternos, William y Elizabeth Dickens, eran respectivamente mayordomo y ama de llaves en la residencia de John Crew, futuro par del reino. Criados de alto vuelo, es verdad, pero, de todos modos, criados. Respetables, sin duda, pero marcados por su condición “servil”, a la que John Dickens, su hijo, solo pudo escapar gracias a la intervención de lord Crew, que le consiguió su puesto en la Tesorería. Charles nunca mencionaba esa parte de la historia familiar, pero a lo largo de su obra mostró un interés particular por la gente humilde que se movía en las oficinas, las cocinas, los establos, a la sombra de la alta sociedad. Entrañables o graciosos, los sirvientes y las criadas como el Sam Weller de *Pickwick* o la Clara Peggotty de *David Copperfield* ocupan un lugar muy importante en el universo dickensiano. Digamos de paso que Elizabeth –la única de sus abuelos que Dickens conoció íntimamente– tenía un sólido talento de contadora de cuentas y sabía cautivar a los niños con relatos hábiles y coloridos.

Del lado materno, el linaje no era mucho más brillante. Los Barrow formaban parte de la burguesía. Pero el abuelo Charles Barrow, que en su función de tesorero municipal manejaba mucho dinero, tenía la desagradable costumbre de redondear sus ingresos con dineros públicos... Eso le valió el exilio, primero en el continente y luego en la isla de Man, que gozaba de una jurisdicción independiente. En Dickens hay casi tantos estafadores como en Balzac: ese abuelo indigno, a quien le debía su nombre, fue sin duda uno de sus modelos.

En 1814, trasladaron a John Dickens a Londres. Curiosamente, de esa primera estadía en la Babilonia moderna que luego describiría tan bien, y a la que le otorgaría para siempre una dimensión casi mitológica, Charles no conservó ningún recuerdo. Otra hermana, Letitia, nació en 1816. Luego, en 1817, hubo otra mudanza: la familia Dickens regresó a la provincia y se estableció en Chatham, suburbio de Rochester, en Kent. Fue allí donde se despertó realmente la conciencia de Charles.

Chatham era un puerto fortificado y una ciudad industrial. Miles de hombres trabajaban allí en los astilleros navales de los que salían todos los años innumerables naves, puntas de lanza del Imperio tanto en el plano comercial como en el militar. En cambio, su vecina Rochester, de la que al principio solo era un apéndice, representaba la permanencia de una Inglaterra rural, calma y plácida, casi dormida, anclada en sus tradiciones de otra época, con su pequeña catedral, su castillo en ruinas y su rico pasado. Ese contraste fue muy formativo para el futuro escritor: su obra pintaría con igual credibilidad la nueva Inglaterra en su irresistible marcha hacia adelante, y la antigua, siempre presente, al menos en forma simbólica, en el corazón de los hombres, fuente de

consuelo para aquellos que se sentían amedrentados o interpelados por el progreso.

Los años pasados en Chatham fueron indudablemente los más fastuosos de la familia. John Dickens, que acababa de recibir un aumento, creyó que podía permitirse alquilar una casa grande y agradable en la parte alta de la ciudad, lejos del humo y del ruido de los astilleros, en el número 2 de Ordnance Terrace. Era una vivienda de tres pisos, con dos pequeños jardines y una magnífica vista sobre el Medway. Como la vida social de sus padres era bastante animada (quizá demasiado, como veremos más adelante), Charles quedaba a cargo de una criada, Mary Weller: nunca olvidaría su nombre ni los cuentos de terror que le contaba por las noches. Con ella, recorría las calles de Chatham y de Rochester, siempre al acecho de todos los incidentes extraños, grotescos o macabros observados en el camino. Cuando regresó a ese lugar, en su edad madura, reconoció una casa a la que Mary lo había llevado de visita y recordó perfectamente los “cuatro bebés nacidos muertos alineados uno junto al otro sobre una tela limpia que cubría una cómoda; y por una simple asociación de ideas, supongo, por el color de su piel, me hicieron pensar en patas de cerdo bien presentadas, como suelen estar en la vitrina de una carnicería”. Sin que el niño lo supiera, ya se había puesto en marcha el mecanismo de la creación. Su mirada increíblemente atenta y su memoria infalible localizaban y acumulaban el material de su futuro trabajo de novelista. Y los sujetos de observación más interesantes, más ricos, los que constituyeron para él una inagotable fuente de personajes pintorescos, fueron sus padres, y en primer lugar, su padre.

John Dickens no era un mal tipo. Era un hombre jovial al que le gustaba rodearse de amigos. Hablaba con autoridad y un lenguaje

florido, y tenía incluso una fina pluma que utilizaría más tarde, con su diletantismo característico, en el periodismo. Descubrió muy tempranamente algunos talentos de Charles –su bella voz, sus dones para la imitación y la comedia– y no dudaba en hacerlo subir a la mesa para amenizar las reuniones familiares. A él le debía Charles su afición por el teatro y por las largas caminatas. En el transcurso de una de ellas, el padre y el hijo se detuvieron sobre una colina de los alrededores, Gad’s Hill. El paisaje ondulado y armonioso le encantó al niño, sobre todo porque John Falstaff, el modelo del personaje de Shakespeare, había cabalgado allí cuatro siglos atrás. En las cercanías se alzaba una casa de arquitectura georgiana: no era un palacio, por supuesto, pero su austeridad de buen gusto y su reconfortante solidez expresaban bastante bien el ideal de la pequeña burguesía de la época. John se la mostró a su hijo y le dijo que algún día, si trabajaba bastante para lograrlo, poseería una casa como esa. Cuando se sabe que, treinta y cinco años más tarde, Dickens adquirió Gad’s Hill Place, se comprende la fuerza del vínculo que lo unía con su padre: Charles jamás olvidó ese dedo levantado, esa orden paterna.

Por desgracia, John Dickens tenía un gran defecto, generosamente estimulado por su esposa: pretendía ser un *gentleman* –esa es la palabra que usó en el bautismo de su segunda hija para definir su posición social–, pero no tenía los recursos necesarios. En *David Copperfield*, el inefable Wilkins Micawber, que, hostigado por sus acreedores, fue a prisión por deudas, tenía la lucidez de ofrecerle este consejo al joven protagonista: “Ingresos anuales: veinte libras; gastos anuales: diecinueve libras, diecinueve chelines y seis peniques. Resultado: felicidad. Ingresos anuales: veinte libras; gastos anuales: veinte libras con seis peniques. Resultado: desdicha”. Es

posible que John Dickens enunciara alguna vez esa clase de precepto, pero, al igual que Micawber, no fue capaz de cumplirlo.

Aunque sus ingresos aumentaban con regularidad, siempre se las ingeniaba para contraer nuevas deudas. En el caso de los Dickens, la vivienda solía ser demasiado grande, la ropa demasiado costosa y la mesa estaba demasiado bien provista con respecto a sus posibilidades del momento. Y cuando los “problemas pasajeros” se volvían demasiado preocupantes, trataban de olvidarlos ofreciendo una fiesta, convencidos, una vez más como Micawber, de que “seguramente algo aparecerá”. Ese “algo” era casi siempre un préstamo de la señora Dickens madre o de la familia política Barrow, rápidamente dilapidado en una nueva compra excesiva.

Hay muchos insolventes como John Dickens en la obra de su hijo, y no siempre tan simpáticos como el dulce Micawber. En *Casa desolada*, Harold Skimpole, que al principio parece un inofensivo parásito, resulta ser un hombre egoísta y sin escrúpulos. Y William Dorrit, el padre de *La pequeña Dorrit*, a pesar de su locuacidad y sus modales encantadores, es un personaje patético. Hasta la muerte de John, Charles sufrió por su impericia y muchas veces tuvo que aportar su propio dinero para evitarle problemas graves. Esa desastrosa negligencia hizo pasar al escritor por la peor experiencia de su vida... aunque quizás haya estado allí, indirectamente, el origen de su genio.

Aunque Dickens se mostraba a veces indulgente con las debilidades de su padre, por consideración hacia sus virtudes, no lo hacía tanto con su madre, Elizabeth. Sin embargo, algunos testigos la describieron como una mujer agradable y simpática, tal vez un poco atolondrada y demasiado dispuesta a alentar los sueños de grandeza de John, pero, a fin de cuentas, una madre aceptable. Su hijo no

opinaba lo mismo. Su falta de afecto, real o imaginada, le pesó toda la vida y tuvo palabras muy duras hacia ella.

Un hecho parecía darle la razón. La frágil salud de Charles –sufría violentos ataques de tos y, sin duda, cólicos renales– aparentemente no suscitó una atención apropiada de parte de su madre. Pero también en esto subsiste una duda, porque, aunque en sus fragmentos autobiográficos Dickens se describía a sí mismo como un niño enclenque y solitario, otros testimonios destacan, por el contrario, su energía, su sociabilidad y su destreza en el cricket.

De todos modos, los Dickens poseían una biblioteca, modesta pero suficiente para proporcionarle a Charles innumerables amigos. Este hermoso pasaje de *David Copperfield* es, sin duda, autobiográfico:

Mi padre había dejado una pequeña colección de libros, en un pequeño cuarto del piso superior [...]. De ese bendito cuarto salieron, como gloriosos anfitriones, para hacerme compañía, *Roderick Random*, *Peregrine Pickle*, *Humphrey Clinker*, *Tom Jones*, *El vicario de Wakefield*, *Don Quijote*, *Gil Blas* y *Robinson Crusoe*. Mantuvieron viva mi imaginación y mi esperanza de que existiera algo más allá de ese lugar y ese tiempo. Ni esos libros ni *Las mil y una noches* ni *Los cuentos de los genios* me hicieron ningún daño, porque ningún mal que pudiera haber en ellos me tocó: yo no sabía nada de eso [...]. Me sorprende que haya podido consolarme por mis pequeños problemas (que eran grandes para mí) encarnando a mis personajes favoritos [...]. He sido Tom Jones (un Tom Jones niño, criatura inofensiva) durante toda una semana. He sido Roderick Random según mi propia idea durante un mes seguido [...]. Era mi único y fiel consuelo.

A menudo se le reprochó a Dickens su falta de cultura: suele suceder con los autodidactas. Sin embargo, este fragmento muestra que, desde su temprana juventud, leyó casi todas las grandes obras maestras de la novela europea, desde Cervantes hasta los maestros ingleses del siglo XVIII, que tanto lo inspiraron en sus primeros libros. Quizá se le escaparan todavía algunas sutilezas (“Yo no entendía nada”), pero captó lo esencial: se estremecía bajo el soplo de la epopeya, navegaba con los marinos, luchaba contra los soldados, “armado con una horma de zapatos”, y penetraba íntimamente el milagro siempre renovado de la ficción. La referencia a *Las mil y una noches*, recurrente en su obra, es significativa: se puede decir que el escritor Dickens ha intentado reproducir la fascinación de las lecturas de su juventud, y que siguió, consciente o inconscientemente, el modelo de Scheherezada, manteniendo en vilo a su público de episodio en episodio.

En 1821, cuando Charles tenía apenas nueve años, la situación financiera de su padre se volvió preocupante. La familia se agrandó con el nacimiento de una niña, Harriet, y un niño, Frederick: en su imprevisión, evidentemente John Dickens no evaluó el costo de esa nueva carga ni redujo en un solo *shilling* sus desmesurados gastos. A pesar de haber obtenido un aumento el año anterior, ya no podía permitirse el relativo lujo de Ordnance Terrace. La familia se mudó al 18, St Mary’s Place, muy cerca de los arsenales, un barrio popular en el que vivían obreros y pequeños artesanos. Aunque el tamaño de la casa era casi igual al de la anterior, era menos agradable: ahora, desde la ventana de su dormitorio, Charles no veía otra cosa que un cementerio.

Los Dickens estaban lejos de ser devotos, pero de vez en cuando asistían al oficio dominical en una capilla disidente, quizá por

cortesía hacia su vecino William Giles, un reverendo bautista. Los interminables sermones de Giles torturaban al niño. Allí nació seguramente su aversión por los excesos del calvinismo, la arrogancia y la hipocresía de los predicadores de todas las tendencias y su retórica de intimidación. Para él, el Infierno solo existía en el espíritu: “Consiste en un mundo interior de tensiones, angustias y pesadillas terroríficas, sobre todo porque no se las puede controlar”.

Más tarde, escribiría un panfleto, *Domingo bajo tres cabezas*, contra un proyecto de ley tendiente a suprimir algunos entretenimientos dominicales anodinos en virtud de una devoción que él consideraba absurda. Su obra está llena de tartufos, como el “untuoso” Chadband de *Casa desolada*.

Sin embargo, el hijo de Giles dirigía una escuela de bastante buena calidad, en la que Dickens obtuvo sus primeros –y únicos– éxitos escolares. Además, James Lamert, el yerno de su tía, se instaló con los Dickens en St Mary’s Place y se convirtió en cierto modo en su mentor: le hizo descubrir a Shakespeare en el Théâtre Royal.

Lamentablemente, ese período tan favorable para su formación intelectual duró poco. En 1822, su padre fue nuevamente trasladado a Londres: en otoño, después de vender todo su mobiliario, porque las finanzas estaban en su punto más bajo, toda la familia abandonó Chatham, con excepción de Charles. El niño finalizó su trimestre en la escuela de Giles y, en Navidad, completamente solo, apretando contra su pecho la novela de Goldsmith *La abeja*, que le había regalado su maestro, partió también hacia Londres. Más tarde, recordaría el viaje de este modo:

En todos los años que transcurrieron desde entonces, ¿olvidé acaso el olor de la paja húmeda en la que estuve empaquetado –como

se empaqueta un animal cazado– y enviado con el flete pago a Cross Keys, Wood Street, Cheapside, Londres? No había ningún otro pasajero dentro de la diligencia, y llovió fuerte durante todo el trayecto, y yo pensé que la vida era más desapacible de lo que había creído.

Esta lúgubre autocompasión, esta impotencia abandonada en manos de la Providencia, ¿estaban presentes en el espíritu del muchacho? ¿O se las adjudicó a posteriori el escritor, ya adulto, influido por el doloroso recuerdo de esas primeras experiencias londinenses? Dejaba atrás, en todo caso, el período más feliz de su infancia. La diligencia vacía, con sus olores a cuero viejo, paja y estiércol, lo llevó hacia un destino singular, en el que la gloria nacería de la vergüenza y del dolor.

